

Sin Ética no hay desarrollo

En otras ocasiones he dicho que una de las más lamentables constataciones de nuestro tiempo es que el ser humano de hoy se puede considerar como un gigante técnico pero un enano ético.

Basta con analizar uno de los mayores fracasos de la globalización. Con la crisis financiera iniciada en el 2008 y cuyas repercusiones están vigentes, más allá de habernos quitado la venda de los ojos bajo el supuesto de algunos expertos que “el mercado se podía gobernar a sí mismo”; hemos podido descubrir también que esa carrera desenfrenada e inconsciente por sacarle la mayor ganancia posible a los productos o a los servicios, sin ninguna base ética o ignorando cualquier principio de la misma, nos ha llevado no sólo a casi colapsar el sistema financiero mundial, sino a orillar a la humanidad entera a un fracaso de proporciones descomunales.

El estilo de vida de unos pocos avaros ha dado al traste con la vida de millones que claman al Cielo por una oportunidad de que sean vistos y tratados como seres humanos y no como material de desecho o de descarte, como acostumbra a decir el Papa Francisco.

Todo esto producto de una especulación inescrupulosa que ha beneficiado a un puñado de personas y ha sumido en la más profunda crisis a millones.

Es interesante ver como después de todos estos años, los bancos fueron salvados pero el desempleo, el paro, creció a niveles nunca antes vistos. Además si a eso le sumamos el nivel altísimo de subempleo, las cifras se engrosan a un punto que significa para muchos países, incluso los llamados países desarrollados, una verdadera emergencia, una crisis humanitaria.

Las crisis financieras no son sólo cifras o pueden ser reducidas a tablas con fórmulas estadísticas. El progreso de una nación o su deterioro no cabe en una hoja de Excel y mucho menos si pretendemos resumir todos los efectos negativos a donde nos ha

conducido el afán de tener de los que saben cuantificar las cosas, pero han perdido toda noción del valor de las personas.

Con todo, el verdadero temor es que no hayamos aprendido las lecciones de lo que hemos vivido. Lamentablemente estas crisis han servido como justificación para muchas naciones para recortar, lo que ellos llaman “gasto social”. No puede ser considerado un gasto lo que es justicia y solidaridad. No puede ser considerado un gasto cuando se piensa en ayudar a los países más pobres o a las poblaciones más postergadas en un mismo país. La ayuda proveniente de los países desarrollados ha disminuido en más del 3% cada año a partir del 2011.

Otro de los efectos negativos de la globalización, porque claro que los hay positivos, ha sido esa sensación que genera la idea de que el consumismo y el gozar de lo que se posee, es ilimitado.

Realmente el verdadero gozo, la verdadera alegría está en lo que se comparte. En fin, la consecuencia de todo esto es que cuando disminuyen los medios o las posibilidades para continuar con este ritmo de vida, afloran los descontentos, las frustraciones y los resentimientos. La burbuja financiera, que llevó a la crisis financiera mundial, no sólo adulteró cifras sino que envolvió personas y las llevó a una autocomplacencia tal y a una percepción de bienestar tal, que el golpe de la caída descalabró a muchos.

Un sistema que privilegia a los ricos y excluye a los pobres es fuente de profundas divisiones, hace que las personas duden de su propio valor y una vez más se vean reducidas, a pura utilidad.

La superación de cualquier tipo de desigualdad se alcanza cuando por la participación de todos se tiene acceso igual a las oportunidades sociales, económicas y a poder decidir por su propio destino, sin ninguna imposición ni condicionamiento de nadie.

Desde el punto de vista de la moral cristiana este derecho que supera toda desigualdad es: la libertad. Ahora bien, hablar de libertad o de libertades en nuestro tiempo puede conducirnos a una espiral de abusos que no terminaría sino haciendo una caricatura de lo que se

defiende. La libertad no se entiende sino desde la perspectiva de una vida responsable, consecuente con el entorno y solidaria.

La libertad, como tantas veces se ha insistido en la doctrina cristiana no es la capacidad que tiene un individuo de hacer lo que quiera, sino la posibilidad que tiene de optar por aquello que le perfecciona de manera legítima y correcta, aquello que le humanice y le acerque cada vez más a un proyecto en el que se es cada vez más persona, más fraterno, más solidario con su entorno.

Como nos lo ha recordado Papa Francisco con su mensaje de la Jornada Mundial de la Paz de este año 2016, la indiferencia con Dios, lleva a la indiferencia frente al hermano y frente a la creación.

Ahora bien, el individuo no se basta a sí mismo. Para alcanzar las condiciones mínimas para un adecuado desarrollo y una verdadera libertad, se necesitan condiciones mínimas que los individuos simplemente no pueden otorgarse a sí mismos.

La asistencia sanitaria, el acceso a la educación y la posibilidad de tener oportunidades para desarrollarse a todo nivel, está dentro de esas condiciones mínimas. Es claro que debe ser la sociedad en general la responsable de proveer estas condiciones. Más aún, son los Estados los responsables.

A estas condiciones, llamémosles materiales, deben añadirse otras condiciones que no son tales como la ausencia de discriminación; que, lamentablemente, hemos visto incrementarse cada vez más en los últimos años y sobre todo con la aparición de radicalismos que tiene su extremo en el DAESH o ISIS, pero cuyo espectro pasa por los discursos encendidos de algunos nacionalismos exacerbados, a ambos lados del Atlántico.

Con todo, las crisis, para quién tiene sentido común y supera toda inmanencia reduccionista, son oportunidades y debemos afrontarla con una mentalidad positiva, con optimismo, y como cristianos con esperanza. No en vano la Iglesia está viviendo un Año Jubilar Extraordinario de la Misericordia.

Precisamente ese tema del jubileo nos viene bien para constatar el deterioro que hemos sufrido y estamos sufriendo, sino para proponer y promover un cambio que no sea un simple maquillaje.

El jubileo implica un retorno a la igualdad de condiciones, a la superación de las diferencias. En el fondo es el reconocimiento de la necesidad y de la posibilidad de cambiar el desarrollo de la historia.

Los países ricos han conducido al mundo a un capitalismo en el que se supone que existen unas reglas, como la gran cantidad de “Declaraciones” o el “Derecho Internacional”, terminan siendo papel “mojado”.

Para lograr un compromiso por la Justicia y la superación de todo lo que este capitalismo sin muchas reglas morales ha producido es necesaria una revisión del papel de los estados y de la política, en general.

El desarrollo humano como el beato Pablo VI lo explicaba en la *Populorum Progressio* no es solamente el crecimiento económico: “Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre... porque el verdadero desarrollo, es el paso, para cada uno y para todos de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas”

Es necesario volver a humanizar nuestra sociedad, humanizar la política y aunque suene extraño: humanizarnos todos.

Para algunos pensadores incluso esto de la ética no es sino un proceso de humanización. El que es humano, es ético. Entre más nos alejemos de nuestra condición humana, más cerca estamos de ser seres atrofiados en lo ético, con un desarrollo integral casi nulo aunque estemos rodeados de lujos.

Todo ser humano tiene necesidades básicas, pasivas y activas, aquello que en el fondo constituye el bien común.

Humanizar significa satisfacer las necesidades “pasivas” de tener acceso a una comida digna, un techo digno, salud, vestido, etc. Sobre esto muchas veces los que gobiernan o quieren gobernar, construyen sus discursos, pero son sólo eso. En nuestro mundo tan tecnológico, quizás uno de los actos menos humanos son esos discursos.

Con un poco más de solidaridad en nuestro mundo, desaparecería el hambre. No es necesario acudir a las cifras para ver si esto es posible, pero es un tema que desde la Caritas tratamos en los últimos años de mi presidencia. Sigo convencido de que es posible hacer desaparecer el hambre en el mundo, pero para lograrlo es necesario vencer el apetito de aquellos que despilfarran mucho y desechan aún más.

La ética, la política y la economía deben ir de la mano si queremos asegurar un desarrollo integral, un desarrollo estable, una sociedad humana y humanizadora.

Esto sólo se logrará cuando los valores sobre los que se debe sustentar lo humano sean respetados: el valor de la vida, el respeto mutuo y la libertad.

Debemos comprender que lo ético no debe ser considerado extraño al proceso de desarrollo personal o comunitario. De hecho el error está en ver lo ético como algo añadido y no constitutivo. Es cierto que cada cultura, cada pueblo genera su propia axiología, pero lo que nos es común aunque en la “escala de valores” pueda ocupar uno u otro puesto, sin duda está presente y es fundamental no perderlo de vista, para no perder de vista lo que realmente humaniza, lo que lleva a una persona a vivir una vida digna.

El desarrollo no será nunca posible si no concuerda el concepto con la realidad, si no se llega a un equilibrio en el que se supere la manera reducida de concebir el desarrollo sólo como crecimiento económico. Si crece la persona y no sólo el contenido de sus bolsillos, tendremos verdadero desarrollo.

Si Pablo VI decía que el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, no olvidemos que lo dicho por Papa Francisco combina muy bien con

esto: la paz se obtiene cuando se supera la indiferencia. No ser indiferentes al bien ajeno, al bien común, con reglas definidas y claras, que humanice sin olvidar nuestro origen y nuestro destino, eso es lo propiamente ético y sin esto, el desarrollo no es viable.

Muchas gracias.

**Oscar Andrés Cardenal Rodríguez Maradiaga, S.D.B.
Arzobispo de Tegucigalpa, Honduras**

Bad Honnef, 5 de Marzo de 2016.